

Inmediatamente fué à ver al anciano marino, le manifestó los deseos de Hernan Cortés, y consultada Catalina por su padre, obtuvo el gobernador la vénia para el casamiento de su protegido.

Algunos dias despues se celebró aquella union con grandes fiestas, siendo padrino de la boda el gobernador, y apadrinando más tarde al fruto de la boda.

No insisteremos por ahora más sobre este lazo que contrajo el valiente caudillo, porque su amor á Catalina, su union con ella, y la conducta que observó más tarde para con la madre de su hijo, nos ofrecerán en lo sucesivo algunas de las páginas más interesantes de esta historia.

Cumple solo ahora á nuestro propósito manifestar, que aunque Velazquez perdonó á Hernan Cortés y le dió tantas muestras de afecto, no quiso nunca reponerle en su empleo de secretario, y procuró por todos los medios dejarle en una oscura posicion, sin duda por que presentia que podia eclipsarle.

Hernan Cortés, que no habia nacido para ver satisfechas las aspiraciones de su alma en el reducido y hermoso círculo de la familia, que daba más cabida en su pecho á la ambicion que al amor de padre, que al amor de esposo, volvió á emplear la habilidad, la astucia, y catequizando con dádivas y promesas á Lariz y Duero, consiguió que influyendo poderosamente sobre Velazquez, se inclinase éste á nombrarle jefe de la expedicion que debia llevar á cabo la conquista del Yucatan.

Antes de despedirse quiso celebrar una entrevista con Velazquez.

Vamos á ver lo que pasó.

CAPITULO VII.

Hernan Cortés y sus enemigos.



ANDRES de Duero y Amador de Lariz, al aconsejar á Velazquez que diese el mando de la expedicion á Hernan Cortés, le hicieron creer, que no solamente no deseaba aquel importante cargo, sino que ni siquiera se atrevia á sospechar que pudiera ser designado para confiárselo.

Partiendo de este supuesto, quiso el gobernador explorarle.

Hernan Cortés iba preparado para obtener el triunfo.

—¿Habeis oido hablar, le dijo cuando estuvo en su presencia, á algunos de los soldados que acompañaron á Grijalva en su expedicion á la conquista del Yucatan?

—He oido á algunos.

—¿Y qué os han dicho?

—La mayor parte de ellos aseguran que los habitantes de ese país son formidables, y que no hay medio de luchar con ellos. Otros dicen que es inútil la empresa, porque no valen aquellas tierras los hombres que se pueden perder, ni los navíos que arrollen las olas.

—¿Y vos qué pensais de eso?

—No ignorais que vivo en el seno de mi familia, y que abrigó deseos de volver á la Península para ver á mis padres, y vivir con mi esposa y mi hijo en el lugar de mi nacimiento.

—Pues bien, dijo Velazquez despues de vacilar algunos momentos: yo, que como gobernador de la colonia tengo necesidad de pensar en el medio de dar ocupacion á los españoles, en be-

neficio suyo, y sobre todo en beneficio de la madre patria, he pensado intentar de nuevo la conquista del Yucatan, y como me es de todo punto imposible confiar á nadie el mando, necesito buscar un capitán valeroso que haga olvidar con su bravura la incalificable prudencia de Grijalva. Sabeis que, aunque vivimos apartados, os estimo, y os he llamado para consultaros. ¿Quién creéis que puede desempeñar ese cargo?

—No hay un solo soldado en la colonia que no sea valiente.

—Pero al valor es necesario unir la discreción, el tacto. ¿A quién podría elegir?

—Ahí tenéis á Alvarado.

—Es demasiado frívolo, demasiado ligero.

—¿Cómo no pensáis entónces en vuestros parientes don Antonio Velazquez, don Bernardino?....

—Por ser parientes los conozco de sobra.

—Pues no se qué deciros.

—Si os encargase á vos del mando de la expedición, ¿aceptaríais? preguntó de pronto Velazquez.

—Con una sola condición, respondió Hernán Cortés.

—¿Cuál?

—La de no ser más que un representante vuestro, la de partir con vos la gloria que alcanzara.

—¿Hablaís sinceramente?

—No me he olvidado de los lazos que nos unen.

—Pues bien: cumplir la condición que me exigís es lo que necesito. Yo quiero un hombre valeroso como vos, capaz de vencer todos los obstáculos, de luchar y triunfar; pero al mismo tiempo un hombre que comprenda el inmenso favor que le dispenso, prefiriéndole á todos los demás caballeros que tienen mayores títulos que él para conseguir tan importante misión, y que agradecido á estas bondades, no me usurpe, ni la gloria de esa conquista, ni el provecho de haberla realizado.

—Disponed de mí, dijo Cortés.

—En este momento voy á extender vuestro nombramiento.

Aquel mismo día se publicó la resolución de Diego Velazquez, causando gran sorpresa en toda la colonia.

Pero los que aspiraban á dirigir la expedición murmuraron grandemente; alegaron que el hombre que no podía gobernar su casa, era incapaz de dirigir una expedición tan arriesgada como aquella, y no contentos todavía con censurar el nombramiento por haber recaído en un hombre oscuro, habiendo tantos nobles caballeros en la colonia, fueron á ver á Velazquez para disuadirle de su empeño.

—Ved que os fiáis mucho de un hombre de muy poca conciencia, decían unos.

—Volved los ojos á su pasado, añadian otros, y vereis que sus palabras han sido siempre contrarias á sus actos.

—No os fiéis de las apariencias. Después de haber sido vuestro confidente, quiso venderos; después de haber obtenido el amor de doña Catalina, por el que hubieran dado toda su vida muchos hidalgos distinguidos, la trata mal, la ha hecho infeliz, y ni aun de su propio hijo se cuida, porque la ambición le devora.

—Acordaos de que le habeis humillado, de que ha sido vuestro prisionero, de que en cuanto pueda dominaros os dominará.

—Pensad, decían por fin algunos, que ese nombramiento os va á acarrear muchos enemigos. Todos los que han sido acreedores os harán una guerra sorda. Dios sabe si en esta jugada os va el gobierno de la colonia.

Velazquez desoía todas estas murmuraciones, porque el amor propio le cegaba siempre, y no quería dar su brazo á torcer, aun cuando algunas de las razones que alegaban hicieran mella en su ánimo.

Viendo los envidiosos que Hernán Cortés paseaba por la ciudad erguida la frente, con ademán arrogante; viendo que cuantas intrigas ideaban para desprestigiarle á los ojos del goberna-

dor eran inútiles, se valieron de una estratagema, y llamando alguno de ellos á un loco que andaba por la ciudad diciendo á todo el mundo, escudado con su locura, verdades de á folio, le ofrecieron una gran dádiva si se atrevía á acercarse á Velazquez cuando pasease como acostumbraba por la tarde, y le hablaba en contra de Hernan Cortés.

El gobernador quiso demostrar á todos los murmuradores que su resolución era irrevocable, y llamando á Hernan Cortés, quiso pasear con él, para dar á entender á todo el mundo cuán íntimas eran las relaciones que con él tenía.

El loco aceptó el papel que le habían confiado.

En medio del paseo comenzó á dar grandes voces.

—¡Gobernador, gobernador, dijo; detente y escucha!

Velazquez solía darle limosna y reír sus gracias.

A la indicación del loco se detuvo, y no tardó en formarse en torno suyo un numeroso círculo.

—Buena la has hecho, amigo Diego, dijo el demente. ¿Vas á enviar á Cortés con una armada? Pronto necesitarás otra para salir á pelear con la que le confies.

Al oír aquellas palabras no pudo contenerse Cortés, y echó mano á la espada.

—Miserable, exclamó.

—Deteneos, amigo mío, dijo Velazquez; ese infeliz no sabe lo que dice. Toma una limosna, añadió, y está tranquilo. Paso, caballeros.

La muchedumbre le abrió camino, y mientras él partía con Hernan Cortés, se quedaron todos murmurando con el loco.

Velazquez se quedó pensativo.

—Aun estamos á tiempo, dijo Hernan Cortés. Si dais crédito á las palabras del loco, pronto estoy á renunciar el cargo que me habeis confiado.

—¿Por quién me tomáis? dijo Velazquez. Sois jefe de la es-

cuadra que va á partir á la conquista del Yucatan. Aprestad los preparativos.

Al día siguiente, Hernan Cortés, que habia dado ya los primeros pasos para formar el núcleo de su tripulación, se presentó en Santiago con un estandarte, en el que escribió la frase que ya conocen nuestros lectores.

La murmuración no cesó.

Velazquez experimentaba un secreto pesar.

No podía explicarse cuál era el motivo de su disgusto.

Hernan Cortés, entre tanto, reunía dinero, alistaba gente, buscaba navíos, y con los capitanes más distinguidos formaba su estado mayor.

Desde luego pudo contar con Diego de Ordaz, uno de los servidores más queridos de Velazquez; con Francisco de Morla, valiente capitán; con Alvarado, á quien ya conocemos; con Bernal Diaz del Castillo, militar y escritor, y con otros muchos hidalgos, que conocedores del valor del caudillo, se aprestaban gustosos á seguirle.

Catalina trató de influir poderosamente en el ánimo de su esposo para que no partiera.

La ambición habia sustituido en el alma de Hernan Cortés al amor, porque ¡cosa extraña! aquella hermosa niña, que se habia criado en medio de hombres, en medio de marinos, que parecía tener todas las condiciones de un muchacho, dominada por el amor, cambió por completo.

Era la mujer dulce, apacible, tranquila, cariñosa; la mujer que cifraba su dicha en los goces del hogar, en el amor de su esposo, en el de su hijo, y cada día que pasaba veía con dolor que no bastaba su cariño á hacer amar aquellos goces al futuro conquistador de Méjico.

Sus quejas, sus lamentos, sus súplicas, hallaron un corazón sordo.

—Necesito fortuna, quiero gloria, respondía Hernan Cortés.

Terminados los preparativos para su marcha, se despidió de Catalina, dejándola con los ojos arrasados de lágrimas; se despidió de su hijo, fué al palacio del gobernador, en donde le reiteró de nuevo las promesas que le habia hecho, y á la madrugada del día 18 de Noviembre de 1518 partió la escuadra de Santiago, costeó la isla por la banda del Norte, llegó en breve tiempo á la villa de la Trinidad; los amigos que tenia Cortés en ella le auxiliaron con recursos y con hombres, se ofrecieron á acompañarle Juan de Escal, Gonzalo Meyra, Pedro Sanchez Farfan, todos esforzados adalides; se unieron á él más tarde Alonso Dávila, Jorge Gomez y Juan de Alvarado; desde la villa de Sancti-Espiritus acudieron á alistarse Alonso Hernandez Portocarrero, Rodrigo Rangel, Juan Velazquez de Leon, Gonzalo de Sandoval, y con estos capitanes, con los soldados que se agregaban, con las municiones, las armas y los caballos que recogia, se encaminó á la Habana, de cuyo puerto le hemos visto salir.

Indicamos que en la Habana le habia prestado grandes servicios Pedro de Barba.

En efecto; le salvó de las asechanzas de sus enemigos, que para apoderarse del ánimo de Velazquez emplearon hasta el recurso de la magia.

CAPITULO VIII.

Un astrologo.



HABIA en Santiago un viejo, llamado Juan de Milan, de origen italiano, que habia ido a aquellas tierras de marinerero en uno de los buques de Cristóbal Colon.

Antes de emprender aquel viaje, habia llevado á cabo otros muchos; habia permanecido algun tiempo cautivo en Argel, y todas estas vicisitudes le habian hecho maestro en el arte de vivir.

Cansado de las faenas marítimas, y viendo que con su gramática parda podria sacar gran partido de la ignorancia y de la incuria de los españoles que estaban en las colonias, abandonó su primitiva profesion y se dedicó á la de curandero.

Acercándose á los indios que conocian mejor las virtudes de las yerbas, pudo en breve tiempo aprovechar con éxito las que producía el país para curar ciertas enfermedades, y convirtiéndose en Galeno, comenzó á vivir bien con aquella industria, siendo respetado y admirado por los españoles y por los indios.

No contento con ejercer de aquella manera fraudulenta la ciencia de curar, recordando mañas antiguas, se hizo astrólogo judiciario, y pretendia que con sólo mirar á las estrellas podía leer en el porvenir, dar consejos para prevenir males y adivinar el destino de los pobres mortales.

Era una nueva industria, que aumentaba sus ganancias y los obsequios de que era objeto.

Dejó crecer su barba, blanca ya, su cabellera del mismo co-